

LA INGENIERÍA EN EL IMPERIO OTOMANO

Lino Camprubí
linocamprubi@gmail.com

MARTYKÁNOVÁ, Darina (2010) *Reconstructing Ottoman Engineers. Archeology of a Profession (1789-1914)*, Pisa, Plus-Pisa University Press, 2010, xxii + 287 páginas [ISBN 9788884927408].

Como indica el título de su libro, Darina Martykánová nos ofrece una historia social de la profesión de ingeniero en el imperio otomano en el largo siglo XIX. Así expresado, el proyecto es ya de por sí ambicioso: se trata de un arco espacial y temporal sumamente extenso y heterogéneo, en el que el imperio pasó por múltiples fases hasta su desintegración final en varios Estados independientes con situaciones muy diversas en términos políticos, económicos, sociales, e incluso religiosos. Por si esto fuera poco, esta obra va más allá de una historia de la ingeniería: su autora subraya que la formación de ingenieros militares y civiles (tanto los que trabajaban para la administración como los que lo hacían para empresas privadas) fue parte de un proceso de transformación del Estado mismo en una nueva máquina burocrática interventora en procesos de transformación militar, territorial y social. Necesariamente, por tanto, entender la historia de la profesión del ingeniero otomano requiere reformular la del imperio mismo en cuyo seno se formó.

La tarea comienza con un repaso a la historia del Imperio Otomano a partir de fuentes secundarias como modo de introducir al lector no especialista en el contexto cambiante en el que se desarrolla la historia. Y es que, y ésta es una de las tesis fuertes de la autora, la agencia del gobierno central y sus representantes provinciales fue el elemento central en la creación del ingeniero otomano y las instituciones educativas y prácticas en las que se desarrolló. El contexto inicial era la urgencia por restablecer el poderío militar de un imperio en decadencia relativa frente a las nuevas potencias. Pronto, sin embargo, aparecieron nuevas preocupaciones propias del Estado weberiano. De este modo se pasó, en el primer tercio del siglo XIX, de unas elites militares a unas elites administrativas con creciente interés en la regu-

lación de la vida económica y social del imperio, una tendencia creciente aunque con altibajos que continuó en el último tercio del siglo XIX, marcado por la ascendencia al poder del sultanato absolutista de Abdul Hamid II, cuyo poder despótico se enfrentó con severas limitaciones financieras y geoestratégicas. Aquí se dibuja ya otro de los hilos conductores del libro: el papel de las potencias extranjeras y de sus ingenieros, que actuaban en el imperio (ya fuera a título de representantes de imperios competidores o aliados, ya bajo las órdenes del sultanato y su administración, ya al servicio de las múltiples compañías extranjeras interesadas en nuevas inversiones y contratos). En 1908, la Revolución de los Jóvenes Turcos trajo consigo súbitas transformaciones en la consideración profesional del ingeniero y en la capacidad de intervención extranjera. Pero también en lo que será otra de las tramas de esta obra: el papel de las relaciones entre musulmanes y no-musulmanes.

Mientras que en ciertos períodos ser cristiano otomano era una ventaja para el ingeniero, en tanto suponía una más fácil aceptación en círculos intelectuales europeos y un mejor acceso a la contratación por parte de empresas extranjeras, entrado el siglo XX la situación se invirtió, pues los nacionalismos crecientes iban a menudo vinculados al resurgimiento de la religión islámica. Este proceso estuvo estrechamente vinculado con los cambios de las instituciones educativas relevantes, cuyas importantes transformaciones se estudian en el segundo capítulo. Mientras que en otros países, como Francia y España, se podía formar una élite ingenieril con base en una educación científica sólida en la etapa primaria y secundaria, éste no era el caso en el imperio otomano. La educación dependió largo tiempo de escuelas privadas, a menudo cristianas, y sólo al final del período comenzó a ganar peso la escuela estatal, a la par que la formación del ingeniero se convertía en asunto de debate público. Este papel de la ciencia en la construcción de la ingeniería es otro de los temas centrales del libro. Se trata de una distinción que estaba haciendo su aparición en la esfera internacional, pero que tenía sus propios condicionantes en el imperio otomano, ligados en la segunda mitad del siglo XIX a la percepción de una mayor neutralidad política en las ciencias aplicadas frente a las aspiraciones ilustradas de los savants clásicos. Aunque la propia autora reconoce la carencia de fuentes primarias suficientes, este capítulo despliega ya la mezcla entre el uso de perspectivas macro y el estudio de casos particulares que caracteriza su libro. En este caso, esta metodología permite perfilar las múltiples trayectorias educativas posibles y sus vinculaciones con otras instituciones relevantes para la construcción del ingeniero otomano.

El capítulo tercero se inserta, ya desde su título (*Identities and discourse*), en la tradición de la historia cultural. El objetivo es penetrar en los significados múltiples y cambiantes de la figura del ingeniero, para lo que se analiza la evolución lingüística y conceptual de los términos implicados (sobre todo *mühendis*), la identificación práctica de a quién se consideraba experto en el seno de diversas instituciones, y las propias fuentes primarias. El tratamiento de estas fuentes por parte de la autora es sumamente elaborado, pues para comprender cómo se forma una comunidad definida por el mérito individual de cada uno de sus miembros hay que mirar a sus propias categorías (*emic*), pero también estar dispuesto a movilizar otras que nos lleven (*etic*) a confirmaciones del nacimiento de una nueva clase socio-política. Y esto es fundamental para entender la posición del ingeniero otomano dentro del imperio, en tanto que su estatus le llegará a permitir pasar de mero ejecutor de políticas administrativas a verdadero decisor e impulsor de transformaciones territoriales y sociales. Es decir, pasar de ser herramienta del imperio a actor del imperio. La metodología de la autora en este punto es sumamente sutil, pues procura no proyectar esa estructura final sobre momentos anteriores del proceso. Evita así dar la impresión teleológica de un progreso lineal, cosa tentadora al analizar un período tan largo, y nos adentra en una historia compleja repleta de altibajos y de perspectivas y finalidades muy cambiantes.

Finalmente, el cuarto capítulo entra de lleno en las actividades que desarrollaron los ingenieros otomanos. Este capítulo, demasiado breve para la abundancia de material a analizar, tiene la virtud de hilvanar los temas presentados en los anteriores a través de un relato estructurado en torno al establecimiento de una nueva profesión. Por un lado, ésta se fue definiendo en relación a la Administración y en relación a otras profesiones, en particular la mano de obra (voluntaria o forzosa). Por otro, el papel de los ingenieros extranjeros se perfila como interno a la historia de la profesión del ingeniero otomano. De nuevo, la autora combina historias locales con una perspectiva transnacional imprescindible para conformarlas. Esta perspectiva no sólo atañe a la circulación internacional de ingenieros y de conocimiento en ingeniería, sino al contexto geopolítico cambiante, que va desde un claro predominio francés, a una mayor presencia británica en el siglo de la industrialización y el colonialismo a, finalmente, un incremento de los contactos con ingenieros austro-alemanes a finales de siglo, siguiendo la expansión económica y militar prusiana y los desarrollos del imperio austro-húngaro.

La conclusión del libro es realmente un capítulo aparte, y de los más

interesantes para un público occidental. Este libro parte de una investigación anterior en la que la autora llevó a cabo una comparación entre la construcción del ingeniero en el imperio otomano y en España, también en fase de desintegración imperial. La autora fue capaz de llevar a cabo esta monumental tarea, algunos de cuyos frutos van apareciendo en otras publicaciones, por su manejo de varios idiomas (lo que, por cierto, queda reflejado en una políglota sección final de resúmenes del argumento principal). Pues bien, el capítulo de conclusión rescata este trabajo previo comparando algunos de los rasgos propios del ingeniero otomano con los de otras nacionalidades, en particular con los ingenieros en España y Francia (en ambos casos la ligazón de esta profesión a la administración del Estado fue clave y en ambos la brecha entre los diferentes cuerpos fue agrandándose con el tiempo), pero también en Portugal, Estados Unidos, o Inglaterra.

Estas comparaciones, atentas además a involucraciones no meramente taxonómicas, permiten a Martykánová formular preguntas profundas y originales sobre el papel de los ingenieros en el mundo contemporáneo. Por ejemplo, a la hora de entender la circulación de conocimiento ingenieril a través de varios tipos de redes interconectadas (financiación, co-responsabilidad y divulgación, sin restar importancia a la circulación de los mismos objetos producidos), tiene especial interés el caso de los otomanos musulmanes que hablaban predominantemente árabe y persa, lo que les alejaba de los círculos de producción a los que otros países tenían acceso por el mero hecho de compartir una lengua madre común (o, al menos, un alfabeto). El caso de los ingenieros otomanos tiene el especial interés de construirse en el seno de relaciones cambiantes entre grupos en los márgenes de la *civilización moderna*, por utilizar palabras de la propia autora. Aunque sin duda análisis futuros más de detalle exigirán reformular algunas de las tesis de *Reconstructing Ottoman Engineers*, la amplitud escogida por la autora revela novedades históricas y sociológicas que obligan a repensar el papel del ingeniero en el Estado, incluso más allá de las fronteras del imperio otomano.